

A partir del trabajo conjunto de las áreas de Teatro y Educación para la Memoria, desde el mes de Agosto estamos realizando la **presentación de diferentes obras de teatro destinadas a los docentes y estudiantes del nivel medio**. Finalizado el espectáculo compartimos un espacio de intercambio y reflexión junto a los actores y el/la directora/a en torno al contenido y la experiencia vivida.

Asimismo les brindamos a los docentes un **material didáctico** elaborado a partir de una serie de ejes temáticos que permitan (re)pensar / (re)contextualizar la obra de teatro vista, en función de estimular la búsqueda de relaciones entre las emociones, sensaciones y reflexiones sobre lo observado y los saberes/conocimientos respecto a la experiencia represiva de la última dictadura cívico-militar (1976-1983).

EL MIEDO – Dos vueltas de llave



FICHA TÉCNICA

Obra: EL MIEDO - Dos vueltas de llave (Rosario-2008)

Dramaturgia y Dirección: Esteban Goicoechea

Actuaciones: Paula García Jurado, Ariel Hamoui y Gustavo Sacconi.

Asistencia de Dirección: Yanina Mennelli

SINOPSIS:

Tres personas intentando protegerse, salvarse del peligro que los acecha. El miedo, propagándose como una peste, invade los espacios y los cuerpos. ¿De dónde proviene? ¿Cómo reaccionar frente a él? ¿Está "adentro" o "afuera"...

En esta obra el temor al otro, lo reprimido, lo silenciado emergen como metáfora de una sociedad paralizada.

MATERIAL DIDÁCTICO PARA TRABAJAR EN EL AULA LA OBRA "EL MIEDO"

Descargar aquí

Área Educación para la memoria. **Propuestas para trabajar *El Miedo* en el aula**

a) EJES: Les proponemos algunos ejes para (re)pensar / (re)contextualizar la obra de teatro *El Miedo* y establecer relaciones sobre la utilización y los efectos del miedo-terror durante la experiencia represiva de la última dictadura cívico-militar (1976-1983).

- 1) **Miedo en el cuerpo:** el miedo físico, internalizado, incorporado en el cuerpo. (Paraliza, silencia, espanta, fractura, violenta, somete, genera individualismo, desconfianza, produce reacciones inesperadas etc.).
- 2) **Miedo como “epidemia”:** el miedo propagándose como una peste, como un virus, infectando, invadiendo los espacios, los cuerpos, los discursos, resquebrajando los lazos de solidaridad entre las personas.
- 3) **Miedo omnipresente:** ¿miedo de qué? ¿De quién/es? ¿Miedo a qué? ¿Por qué? ¿De dónde proviene? ¿Cómo reaccionar frente a él? ¿Cómo alejarlo? ¿Está “adentro” o “afuera”...? ¿”Adentro” o “afuera” de qué?
- 4) **Miedo a la muerte:** la muerte como posibilidad cercana, “cotidiana”, latente, ¿”deseada”? La muerte como experiencia perturbadora: ¿cómo conjurar ese temor?

b) ACTIVIDADES: Teniendo en cuenta los ejes propuestos, sugerimos algunas actividades.

➤ **Para el eje 1:**

- 1) Lean los textos de la **FUENTE Nº 1 y Nº 2** y analicen: ¿en qué situaciones emerge el miedo en cada caso? ¿De qué forma se hace presente? ¿Qué semejanzas y diferencias podemos encontrar con la manera en que el miedo se manifiesta en la obra de teatro?
- 2) Lean los textos de la **FUENTE Nº 3** y analicen de qué manera la dictadura intentó disciplinar la sociedad. ¿Qué objetivos buscan alcanzarse en cada caso? ¿Cómo creen

que se llevaron a cabo? (Sugerimos que investiguen cuáles fueron los mecanismos y dispositivos represivos utilizados por la dictadura sobre la población y sobre los discursos).

3) ¿Qué relaciones podemos establecer entre los Comunicados y declaraciones de la Junta militar (**FUENTES N° 3**) y las reacciones narradas en los testimonios de Elena y Daniel? (**FUENTES N° 1 y N° 2**)

4) Los **personajes** de la obra: ¿escucharon los Comunicados y declaraciones de la Junta militar? ¿Sí? ¿No? ¿Por qué?

Suponiendo que la historia transcurriera en época de dictadura ¿cómo creen que hubieran reaccionado los personajes luego de escuchar las declaraciones y comunicados? ¿De la misma forma? ¿De otra? ¿Por qué?

¿Cómo se imaginan que transcurriría la **vida en dictadura en ese pueblo**? ¿Por qué?

Ejemplifiquen con diversas situaciones (cotidianas, laborales, sociales, políticas, ideológicas etc.).

➤ **Para el eje 2 y 3**

Lean los siguientes textos:

1) *"Padres madres e hijos sanos de nuestro país (...) cuiden el hogar. Preserven su seguridad. No acepten generosamente las ideas implantadas en las mentes jóvenes por expertos internacionales de la subversión. La seguridad y la paz del pueblo se defienden con las armas, pero se construyen dentro del hogar y las escuelas. Padres, hijos y educadores: deben conocer la verdad y defender a través de ella, a su familia y a su patria".*

(Ministro del Interior, Gral. Albano Harguindeguy. La Nación, La Prensa, 19.06.76)

2) *"Después del 24 de marzo de 1976, usted sintió un alivio. (...) Sintió que todo el cuerpo social enfermo recibía una transfusión de sangre salvadora". Pero "(...) un cuerpo gravemente enfermo necesita mucho tiempo para recuperarse, y mientras tanto los bacilos siguen su trabajo de destrucción".*

(“Carta abierta a los padres argentinos”. Revista Gente. Diciembre de 1976)

3) *"Es en la educación donde hay que actuar con claridad y energía, para arrancar la raíz de la subversión".*

Lean los siguientes pasajes de la obra:

A) Héctor: - "...a veces es mejor no ver Ana, en este pueblo eso ya lo sabemos..."

B) Héctor: - "...Noche tras noche tras noche. ¿Podemos dejar el tema para otro momento?
¿Discutirlo mañana? ¿De día?

Ana -"Siempre, siempre dejamos las cosas para discutirlos de día, pero después llega el día y nos olvidamos de todo lo que pasó en la noche..."

C) Ana: -"...¿Por qué viene a nosotros Julio? ¿Por qué?"

Julio: -"Por el miedo. Es el miedo".

D) Julio (el carnicero):- "... Uds. no lo saben porque no salen mucho, pero en la carnicería las versiones corren como liebres excitadas..."

E) Héctor: - "...¿Y usted? ¿Por qué no fue usted a la comisaría?

Ana: - Eso, en lugar de venir acá a golpearnos la puerta...

Julio: - (...) Uds. no entienden nada, no salen nunca. (...) Si ustedes conocieran los comentarios se darían cuenta por qué yo no voy a la policía..."

F) Julio, el carnicero - "La carne muerta tiene memoria..."

-¿Qué sentido tienen estos diálogos pensándolos en tiempos de dictadura? ¿En qué medida el contexto en el cual estos diálogos son dichos condicionan y/o modifican el sentido y la interpretación de los mismos?

Sugerimos releerlos teniendo en cuenta algunas frases y actitudes emblemáticas en tiempos de dictadura: ("no te metás", "por algo será", "el silencio es salud", "nosotros no sabíamos") y pensándolos en términos de la contraposición "memoria-olvido".

- ¿Qué ocurre con la caracterización del personaje de Julio, el carnicero? ¿Cómo aparece vestido? ¿Qué nos sugiere? ¿Qué genera esa "pulcritud", esa "limpieza", esa "higiene" respecto a la imagen tradicional del carnicero?

a) Observen y comparen la imagen de la FUENTE N° 4 con la de Julio.

b) Observen la obra "Hay que comer" y "Hay que comer II" (FUENTES N° 6) del pintor, dibujante y grabador mendocino Carlos Alonso. ¿A qué año / época corresponde cada

una? ¿Qué importancia tiene esto? ¿Qué semejanzas y diferencias aparecen? ¿Qué retrata/representa en cada caso?

c) ¿Qué relaciones podemos establecer entre las tres imágenes y la caracterización de Julio en la obra *El miedo*? ¿Qué papel juega *la carne/carnicería* en cada caso?

-¿Qué papel juegan los objetos en la puesta en escena?

➤ **Para relacionar y comparar**

Busquen el **cuento Infierno grande** de Guillermo Martínez (**FUENTE N° 5**)

Pre –lectura: -¿Qué significa la frase del título “Infierno grande”? ¿Qué nos permite inferir/conjeturar respecto al contenido del cuento? / ¿A qué dicho popular nos remite?

Lectura:

¿Dónde transcurre la historia narrada? (¿Dónde transcurría *El Miedo*?)

¿En qué consiste dicha historia? ¿Cuáles son las marcas/huellas que permiten contextualizar el relato? (¿En qué momento histórico transcurre?). Justifiquen.

¿De qué manera funciona el rumor, las “habladurías” en el pueblo? ¿A qué circunstancias remiten? ¿Qué tipo de rumores son? Piensen cómo funcionaban los rumores en la obra **El Miedo**.

¿Hay “**adentro-afuera**” en *Infierno grande*? ¿Sí? ¿No? Justifiquen con pasajes.

¿Cómo y en qué circunstancias está presente **el miedo** en *Infierno grande*? Ejemplifiquen

¿Qué papel juega la policía en cada uno de los relatos?

¿Cómo opera **el silencio** en los personajes de *Infierno grande*? ¿Cuáles son las razones?

En ambos relatos se hace presente la violencia y la muerte: ¿de qué forma en cada caso?

¿qué tipo de violencia emerge en cada obra?

-Luego de haber leído y analizado el cuento: ¿a qué “infierno” alude el título? ¿Qué otro/s título/s le pondrías? ¿Crees que podrían intercambiarse los títulos del cuento y de la obra de teatro sin modificar el sentido de los textos? ¿Sí? ¿No? ¿Por qué?

Edgardo Vannucchi

Área Educación para la Memoria

Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti

<http://www.derhuman.jus.gov.ar/conti/educacion.html>

Mail: educacion.conti@gmail.com

FUENTE N° 1

24 de marzo de 1976

Córdoba, cinco de la mañana. Se despertó violentamente con los disparos reventándole en el oído y saltó de la cama. A los tropezones buscó la correa de la persiana y muy despacio, tratando de no hacer ni un ruido, tiró de ella hasta que quedaron las hendijas descubiertas.

En la vereda de enfrente, justo en la casa del muchacho que trabajaba en la metalúrgica, había estacionado un Ford Falcon de color verde. Tres hombres de civil gritaban que eran de la policía mientras tiraban tiros al aire y le ordenaban al joven que se entregara. Golpeaban a la puerta y amenazaban con derribarla. Hasta que gritaron que era la última advertencia. Luego de unos segundos, dispararon contra la puerta, se lanzaron corriendo sobre ella y la echaron abajo.

Elena se tapó la boca como queriendo detener el espanto. Estuvo a punto de dar vuelta la cara para no ver. Pero no lo hizo. Entonces vio cómo lo sacaban esposado, cómo lo escupían, golpeaban y maltrataban, mientras caminaban hacia el auto. Después lo metieron a patadas en el Falcon y se lo llevaron.

Ella se quedó con la mirada fija en la casa del muchacho de enfrente. Las imágenes se repitieron una y otra vez en su cabeza, durante varios minutos. Y ahí estaba, de pie detrás del ventanal, con la sensación de que debía tener alguna reacción, pero sin poder hacerlo. Conmocionada, horrorizada, consternada.

Buscó el reloj. Eran las cinco de la mañana. Faltaban dos horas para que tuviera que abrir el almacén, pero ni se lo ocurrió pensar en volver a dormir. Fue hasta la cocina, puso el agua para el café, encendió la radio y escuchó:

“Las Fuerzas Armadas, en cumplimiento de una obligación irrenunciable, han asumido la conducción del Estado. Una obligación que surge de serenas meditaciones sobre las consecuencias irreparables que podría tener sobre el destino de la Nación una actitud distinta a la adoptada”.

Pensó que bueno, que lo de Isabel Perón no podía terminar de otra forma. Se había dejado manejar como un títere y había perdido poder. Y siempre que eso pasaba, asumían el gobierno los militares. No veía qué otra cosa se podía hacer. Porque la guerra entre los dos bandos, entre los extremistas que buscaban desestabilizar al gobierno y los de la Triple A,

que eran realmente nefastos, ya estaba declarada. Y si no intervenía el Ejército iba a haber una guerra civil.

“Esta decisión persigue el propósito de terminar con el desgobierno, la corrupción y el flagelo subversivo, y sólo está dirigida contra quienes han delinquido o cometido abusos de poder”.

Le pareció que estaba bien, porque la violencia no llevaba a ningún lado y matando no se ganaba nada. Sin embargo, también pensó que lo que acababa de ver no había sido menos violento; que el muchacho de enfrente tal vez era un subversivo y que por eso se lo podían haber llevado, pero, la verdad, ésa no era, tampoco, la forma.

No podía dejar de preguntarse, entre sorbo y sorbo de café, qué estaría pasando con él. Si su familia ya se habría enterado, si la esposa estaría en la casa o no, si también se la llevarían, si ya se la habrían llevado.

Aún al abrir el almacén seguía haciéndose esas preguntas. Era la primera vez que veía algo así y sentía que acababa de vivir una tragedia. No podía concentrarse en su trabajo y seguir como si nada. Algo se le había instalado en el pecho y aquellas imágenes no dejaban de darle vueltas en la cabeza. La angustia tenía un peso que la doblaba. Elena ni siquiera conocía al muchacho de enfrente. Sólo de “hola” y “chau”. Hacía poco que él vivía ahí y ella sólo sabía que trabaja en la Fiat o en la Renault, y que era recién casado. Ella no lo conocía. Pero lo vio. Y el miedo se le quedó instalado.

(Caviglia, Mariana: **Vivir a oscuras, escenas cotidianas durante la Dictadura.** Buenos Aires, Aguilar, 2006)

FUENTE N° 2

El miedo, ese tema. “Yo tengo una imagen –me dijo Daniel (...). Una imagen de cuando comenzó el miedo”.

Y me contó:

-Era de noche. Estaba tomando el colectivo para ir a mi casa y pasó un patrullero. Automáticamente me vino la rinitis. Me empezó a palpar la ceja y me agarró ese ardor espantoso en la nariz. Y era miedo. Ésa fue la primera vez que me di cuenta de que tenía terror. Que el cuerpo estaba respondiendo. Sin embargo, estaba “limpio”. No tenía nada encima. Iba a mi casa.

Sentía terror en situaciones inocuas y lo acompañaba la calma en momentos de peligro. Como aquella vez, en el año '80, cuando salió en su Citroen con dos compañeros de la fábrica a hacer su primera pintada desde que había comenzado la dictadura. Llevaban aerosoles y guantes, para pintar debajo de los puentes, y los paró la policía. Y no tuvo miedo. Habían memorizado el “minuto” –lo que había que decir si los paraban: volvían a la fábrica porque uno de ellos se había olvidado algo- y él estaba tranquilo. O como aquella ocasión en que, poco antes del traspaso de mando del gobierno de la Junta, cuando ya muchos sostenían que todo iba a comenzar a ablandarse, decidieron tirar volantes del PST desde las terrazas de los edificios más altos. Todo el mundo podía verlos y era arriesgado. Pero no hubo ardor en la nariz.

-No puedo entender –me dijo- por qué tenía miedo en las situaciones en las que no estaba haciendo nada, y en las que eran más riesgosas, no.

Recién cuando nos despedimos, parada en la puerta del bar, pensé que tal vez en situaciones de riesgo, cuando realizaba en la clandestinidad alguna actividad política,

Daniel no tenía miedo porque militando, como él mismo me había dicho, “todo estaba conjurado”.

(Caviglia, Mariana: **Vivir a oscuras, escenas cotidianas durante la Dictadura.** Buenos Aires, Aguilar, 2006)

FUENTES N° 3

“Se comunica a la población que, a partir de la fecha, el país se encuentra bajo el control operacional de la Junta de Comandantes Generales de las FF.AA. Se recomienda a todos los habitantes el estricto acatamiento a las disposiciones y directivas que emanen de autoridad militar, de seguridad o policial, así como extremar el cuidado en evitar acciones y actitudes individuales o de grupo que puedan exigir la intervención drástica del personal en operaciones”.

(Comunicado N° 1 de la Junta Militar, 24 de marzo de 1976)

“Todas las fuentes de producción y lugares de trabajo estatales y privados a partir de la fecha serán considerados objetivos de interés militar”.

(Comunicado N° 4 de la Junta Militar, 24 de marzo de 1976)

“Se comunica a la población que la Junta de Comandantes Generales ha resuelto que sea reprimido con la pena de reclusión por tiempo indeterminado el que por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare comunicados o imágenes provenientes o atribuidas a asociaciones ilícitas o personas o grupos notoriamente dedicados a actividades subversivas o al terrorismo. Será reprimido con reclusión de hasta diez años, el que por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare noticias, comunicados o imágenes, con el propósito de perturbar, perjudicar o desprestigiar las actividades de las Fuerzas Armadas, de Seguridad o Policiales”.

(Comunicado N° 19 de la Junta Militar, 24 de marzo de 1976)

“Se recomienda a la población abstenerse de transitar por la vía pública durante las horas de la noche, a los efectos de mantener los niveles de seguridad general necesarios, cooperando de este modo con el cumplimiento de las tareas que las fuerzas en operaciones intensificarán a partir de dicha oportunidad”.

(Comunicado N° 24 de la Junta Militar, 24 de marzo de 1976)

“Primero mataremos a todos los subversivos, luego mataremos a sus colaboradores, después... a sus simpatizantes, enseguida... a aquellos que permanecen indiferentes, y finalmente mataremos a los tímidos”.

(General Ibérico Saint Jean. Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, mayo de 1977)

“El objetivo del proceso de Reorganización Nacional es realizar un escarmiento histórico (...) En la Argentina deberán morir todas las personas que sean necesarias para terminar con la subversión”.

(General Jorge Rafael Videla, “Declaraciones en Washington el 8/9/1977”, en *Crónica* el 9 de septiembre de 1977)

FUENTE: *Pensar la dictadura: terrorismo de Estado en Argentina. Preguntas, Respuestas y Propuestas para su enseñanza.* Programa Educación y Memoria. Ministerio de Educación de la Nación. Varios autores. 2010.

FUENTE N° 4



Imagen publicitaria de la cadena de carnicerías Coto S.A. en tiempos de dictadura.

INFIERNO GRANDE Guillermo Martínez FUENTE Nº 5

Muchas veces, cuando el almacén está vacío y sólo se escucha el zumbido de las moscas, me acuerdo del muchacho aquel que nunca supimos cómo se llamaba y que nadie en el pueblo volvió a mencionar.

Por alguna razón que no alcanzo a explicar lo imagino siempre como la primera vez que lo vimos, con la ropa polvorienta, la barba crecida, y, sobre todo, con aquella melena larga y desprolija que le caía casi hasta los ojos. Era recién el principio de la primavera y por eso, cuando entró al almacén, yo supuse que sería un mochilero de paso al sur. Compró latas de conserva y yerba, o café; mientras le hacía la cuenta se miró en el reflejo de la vidriera, se apartó el pelo de la frente, y me preguntó por una peluquería.

Dos peluquerías había entonces en Puente Viejo; pienso ahora que si hubiera ido a lo del viejo Melchor quizá nunca se hubiera encontrado con la Francesa y nadie habría murmurado. Pero bueno, la peluquería de Melchor estaba en la otra punta del pueblo y de todos modos no creo que pudiera evitarse lo que sucedió.

La cuestión es que lo mandé a la peluquería de Cervino y parece que mientras Cervino le cortaba el pelo se asomó la Francesa. Y la Francesa miró al muchacho como miraba ella a los hombres. Ahí fue que empezó el maldito asunto, porque el muchacho se quedó en el pueblo y todos pensamos lo mismo: que se quedaba por ella.

No hacía un año que Cervino y su mujer se habían establecido en Puente Viejo y era muy poco lo que sabíamos de ellos. No se daban con nadie, como solía comentarse con rencor en el pueblo. En realidad, en el caso del pobre Cervino era sólo timidez, pero quizá la Francesa fuera, sí, un poco arrogante. Venían de la ciudad, habían llegado el verano anterior, al comienzo de la temporada, y recuerdo que cuando Cervino inauguró su peluquería yo pensé que pronto arruinaría al viejo Melchor, porque Cervino tenía diploma de peluquero y premio en un concurso de corte a la navaja, tenía tijera eléctrica, secador de pelo y sillón giratorio, y le echaba a uno savia vegetal en el pelo y hasta spray si no se lo frenaba a tiempo. Además, en la peluquería de Cervino estaba siempre el último El Gráfico en el revistero. Y estaba, sobre todo, la Francesa.

Nunca supe muy bien por qué le decían la Francesa y nunca tampoco quise averiguarlo: me hubiera desilusionado enterarme, por ejemplo, de que la Francesa había nacido en Bahía Blanca o, peor todavía, en un pueblo como éste. Fuera como fuese, yo no había conocido hasta entonces una mujer como aquélla. Tal vez era simplemente que no usaba corpiño y que hasta en invierno podía uno darse cuenta de que no llevaba nada debajo del

pulóver. Tal vez era esa costumbre suya de aparecerse apenas vestida en el salón de la peluquería y pintarse largamente frente al espejo, delante de todos. Pero no, había en la Francesa algo todavía más inquietante que ese cuerpo al que siempre parecía estorbarle la ropa, más perturbador que la hondura de su escote. Era algo que estaba en su mirada. Miraba a los ojos, fijamente, hasta que uno bajaba la vista. Una mirada incitante, promisoría, pero que venía ya con un brillo de burla, como si la Francesa nos estuviera poniendo a prueba y supiera de antemano que nadie se le animaría, como si ya tuviera decidido que ninguno en el pueblo era hombre a su medida. Así, con los ojos provocaba y con los ojos, desdeñosa, se quitaba. Y todo delante de Cervino, que parecía no advertir nada, que se afanaba en silencio sobre las nuca, haciendo sonar cada tanto sus tijeras en el aire.

Sí, la Francesa fue al principio la mejor publicidad para Cervino y su peluquería estuvo muy concurrida durante los primeros meses. Sin embargo, yo me había equivocado con Melchor. El viejo no era tonto y poco a poco fue recuperando su clientela: consiguió de alguna forma revistas pornográficas, que por esa época los militares habían prohibido, y después, cuando llegó el Mundial, juntó todos sus ahorros y compró un televisor color, que fue el primero del pueblo. Entonces empezó a decir a quien quisiera escucharlo que en Puente Viejo había una y sólo una peluquería de hombres: la de Cervino era para maricas.

Con todo, creo yo que si hubo muchos que volvieron a la peluquería de Melchor fue, otra vez, a causa de la Francesa: no hay hombre que soporte durante mucho tiempo la burla o la humillación de una mujer.

Como decía, el muchacho se quedó en el pueblo. Acampaba en las afueras, detrás de los médanos, cerca de la casona de la viuda de Espinosa. Al almacén venía muy poco; hacía compras grandes, para quince días o para el mes entero, pero en cambio iba todas las semanas a la peluquería. Y como costaba creer que fuera solamente a leer El Gráfico, la gente empezó a compadecer a Cervino. Porque así fue, al principio todos compadecían a Cervino. En verdad, resultaba fácil apiadarse de él: tenía cierto aire inocente de querubín y la sonrisa pronta, como suele suceder con los tímidos. Era extremadamente callado y en ocasiones parecía sumirse en un mundo intrincado y remoto: se le perdía la mirada y pasaba largo rato afilando la navaja, o hacía chasquear interminablemente las tijeras y había que toser para retornarlo. Alguna vez, también, yo lo había sorprendido por el espejo contemplando a la Francesa con una pasión muda y reconcentrada, como si ni él mismo pudiese creer que semejante hembra fuera su esposa. Y realmente daba lástima esa mirada devota, sin sombra de sospechas.

Por otro lado, resultaba igualmente fácil condenar a la Francesa, sobre todo para las casadas y casaderas del pueblo, que desde siempre habían hecho causa común contra sus terribles escotes. Pero también muchos hombres estaban resentidos con la Francesa: en primer lugar, los que tenían fama de gallos en Puente Viejo, como el ruso Nielsen, hombres que no estaban acostumbrados al desprecio y mucho menos a la sorna de una mujer.

Y sea porque se había acabado el Mundial y no había de qué hablar, sea porque en el pueblo venían faltando los escándalos, todas las conversaciones desembocaban en las andanzas del muchacho y la Francesa. Detrás del mostrador yo escuchaba una y otra vez las mismas cosas: lo que había visto Nielsen una noche en la playa, era una noche fría y sin embargo los dos se desnudaron y debían estar drogados porque hicieron algo que Nielsen ni entre hombres terminaba de contar; lo que decía la viuda de Espinosa, que desde su ventana siempre escuchaba risas y gemidos en la carpa del muchacho, los ruidos inconfundibles de dos que se revuelcan juntos; lo que contaba el mayor de los Vidal, que

en la peluquería, delante de él y en las narices de Cervino... en fin, quién sabe cuánto habría de cierto en todas aquellas habladurías.

Un día nos dimos cuenta de que el muchacho y la Francesa habían desaparecido. Quiero decir, al muchacho no lo veíamos más y tampoco aparecía la Francesa, ni en la peluquería ni en el camino a la playa, por donde solía pasear. Lo primero que pensamos todos es que se habían ido juntos y tal vez porque las fugas tienen siempre algo de romántico, o tal vez porque el peligro ya estaba lejos, las mujeres parecían dispuestas ahora a perdonar a la Francesa: era evidente que en ese matrimonio algo fallaba, decían; Cervino era demasiado viejo para ella y por otro lado el muchacho era buen mozo... Y comentaban entre sí con risitas de complicidad que quizás ellas hubieran hecho lo mismo.

Pero una tarde que se conversaba de nuevo sobre el asunto estaba en el almacén la viuda de Espinosa y la viuda dijo con voz de misterio que a su entender algo peor había ocurrido; el muchacho aquel, como todos sabíamos, había acampado cerca de su casa y, aunque ella tampoco lo había vuelto a ver, la carpa todavía estaba allí; y le parecía muy extraño - repetía aquello, muy extraño - que se hubieran ido sin llevar la carpa. Alguien dijo que tal vez debería avisarse al comisario y entonces la viuda murmuró que sería conveniente vigilar también a Cervino. Recuerdo que yo me enfurecí pero no sabía muy bien cómo responderle: tengo por norma no discutir con los clientes.

Empecé a decir débilmente que no se podía acusar a nadie sin pruebas, que para mí era imposible que Cervino, que justamente Cervino... Pero aquí la viuda me interrumpió: era bien sabido que los tímidos, los introvertidos, cuando están fuera de sí son los más peligrosos.

Estábamos todavía dando vueltas sobre lo mismo, cuando Cervino apareció en la puerta. Hubo un gran silencio; debió advertir que hablábamos de él porque todos trataban de mirar hacia otro lado. Yo pude observar cómo enrojecía y me pareció más que nunca un chico indefenso, que no había sabido crecer.

Cuando hizo el pedido noté que llevaba poca comida y que no había comprado yoghurt. Mientras pagaba, la viuda le preguntó bruscamente por la Francesa.

Cervino enrojeció otra vez, pero ahora lentamente, como si se sintiera honrado con tanta solicitud. Dijo que su mujer había viajado a la ciudad para cuidar al padre, que estaba muy enfermo, pero que pronto volvería, tal vez en una semana. Cuando terminó de hablar había en todas las caras una expresión curiosa, que me costó identificar: era desencanto. Sin embargo, apenas se fue Cervino, la viuda volvió a la carga. A ella, decía, no la había engañado ese farsante, nunca más veríamos a la pobre mujer. Y repetía por lo bajo que había un asesino suelto en Puente Viejo y que cualquiera podía ser la próxima víctima.

Transcurrió una semana, transcurrió un mes entero y la Francesa no volvía. Al muchacho tampoco se lo había vuelto a ver. Los chicos del pueblo empezaron a jugar a los indios en la carpa abandonada y Puente Viejo se dividió en dos bandos: los que estaban convencidos de que Cervino era un criminal y los que todavía esperábamos que la Francesa regresara, que éramos cada vez menos. Se escuchaba decir que Cervino había degollado al muchacho con la navaja, mientras le cortaba el pelo, y las madres les prohibían a los chicos que jugaran en la cuadra de la peluquería y les rogaban a sus esposos que volvieran con Melchor.

Sin embargo, aunque parezca extraño, Cervino no se quedó por completo sin clientes: los muchachos del pueblo se desafiaban unos a otros a sentarse en el fatídico sillón del peluquero para pedir el corte a la navaja, y empezó a ser prueba de hombría llevar el pelo batido y con spray.

Cuando le preguntábamos por la Francesa, Cervino repetía la historia del suegro enfermo, que ya no sonaba tan verdadera. Mucha gente dejó de saludarlo y supimos que la viuda de Espinosa había hablado con el comisario para que lo detuviese. Pero el comisario había dicho que mientras no aparecieran los cuerpos nada podía hacerse.

En el pueblo se empezó entonces a conjeturar sobre los cadáveres: unos decían que Cervino los había enterrado en su patio; otros, que los había cortado en tiras para arrojarlos al mar, y así Cervino se iba convirtiendo en un ser cada vez más monstruoso.

Yo escuchaba en el almacén hablar todo el tiempo de lo mismo y empecé a sentir un temor supersticioso, el presentimiento de que en aquellas interminables discusiones se iba incubando una desgracia. La viuda de Espinosa, por su parte, parecía haber enloquecido. Andaba abriendo pozos por todos lados con una ridícula palita de playa, vociferando que ella no descansaría hasta encontrar los cadáveres.

Y un día los encontré.

Fue una tarde a principios de noviembre. La viuda entró en el almacén preguntándome si tenía palas; y dijo en voz bien alta, para que todos la escucharan, que la mandaba el comisario a buscar palas y voluntarios para cavar en los médanos detrás del puente. Después, dejando caer lentamente las palabras, dijo que había visto allí, con sus propios ojos, un perro que devoraba una mano humana. Me estremecí; de pronto todo era verdad y mientras buscaba en el depósito las palas y cerraba el almacén seguía escuchando, aún sin poder creerlo, la conversación entrecortada de horror, perro, mano, mano humana. La viuda encabezó la marcha, airosa. Yo iba último, cargando las palas. Miraba a los demás y veía las mismas caras de siempre, la gente que compraba en el almacén yerba y fideos. Miraba a mi alrededor y nada había cambiado, ningún súbito vendaval, ningún desacostumbrado silencio. Era una tarde como cualquier otra, a la hora inútil en que se despierta de la siesta. Abajo se iban alineando las casas, cada vez más pequeñas, y hasta el mar, distante, parecía pueblerino, sin acechanzas. Por un momento me pareció comprender de dónde provenía aquella sensación de incredulidad: no podía estar sucediendo algo así, no en Puente Viejo.

Cuando llegamos a los médanos el comisario no había encontrado nada aún. Estaba cavando con el torso desnudo y la pala subía y bajaba sin sobresaltos. Nos señaló vagamente en torno y yo distribuí las palas y hundí la mía en el sitio que me pareció más inofensivo. Durante un largo rato sólo se escuchó el seco vaivén del metal embistiendo la tierra. Yo le iba perdiendo el miedo a la pala y estaba pensando que tal vez la viuda se había confundido, que quizá no fuera cierto, cuando oímos un alboroto de ladridos. Era el perro que había visto la viuda, un pobre animal raquítico que se desesperaba alrededor de nosotros. El comisario quiso espantarlo a cascotazos pero el perro volvía y volvía y en un momento pareció que iba a saltarle encima. Entonces nos dimos cuenta de que era ése el lugar, el comisario volvió a cavar, cada vez más rápido, era contagioso aquel frenesí, las palas se precipitaron todas juntas y de pronto el comisario gritó que había dado con algo; escarbó un poco más y apareció el primer cadáver.

Los demás apenas le echaron un vistazo y volvieron enseguida a las palas, casi con entusiasmo, a buscar a la Francesa, pero yo me acerqué y me obligué a mirarlo con detenimiento. Tenía un agujero negro en la frente y tierra en los ojos. No era el muchacho.

Me di vuelta, para advertirle al comisario, y fue como si me adentrara en una pesadilla: todos estaban encontrando cadáveres, era como si brotaran de la tierra, a cada golpe de pala rodaba una cabeza o quedaba al descubierto un torso mutilado. Por donde se mirara

mueertos y más muertos, cabezas, cabezas.

El horror me hacía deambular de un lado a otro; no podía pensar, no podía entender, hasta que vi una espalda acribillada y más allá una cabeza con vendas en los ojos. Miré al comisario y el comisario también sabía, nos ordenó que nos quedáramos allí, que nadie se moviera, y volvió al pueblo, a pedir instrucciones.

Del tiempo que transcurrió hasta su regreso sólo recuerdo el ladrido incesante del perro, el olor a muerto y la figura de la viuda hurgando con su palita entre los cadáveres, gritándonos que había que seguir, que todavía no había aparecido la Francesa. Cuando el comisario volvió caminaba erguido y solemne, como quien se apresta a dar órdenes. Se plantó delante de nosotros y nos mandó que enterrásemos de nuevo los cadáveres, tal como estaban. Todos volvimos a las palas, nadie se atrevió a decir nada. Mientras la tierra iba cubriendo los cuerpos yo me preguntaba si el muchacho no estaría también allí. El perro ladraba y saltaba enloquecido. Entonces vimos al comisario con la rodilla en tierra y el arma entre las manos. Disparó una sola vez. El perro cayó muerto. Dio luego dos pasos con el arma todavía en la mano y lo pateó hacia delante, para que también lo enterrásemos.

Antes de volver nos ordenó que no hablásemos con nadie de aquello y anotó uno por uno los nombres de los que habíamos estado allí.

La Francesa regresó pocos días después: su padre se había recuperado por completo. Del muchacho, en el pueblo nunca hablamos. La carpa la robaron ni bien empezó la temporada.

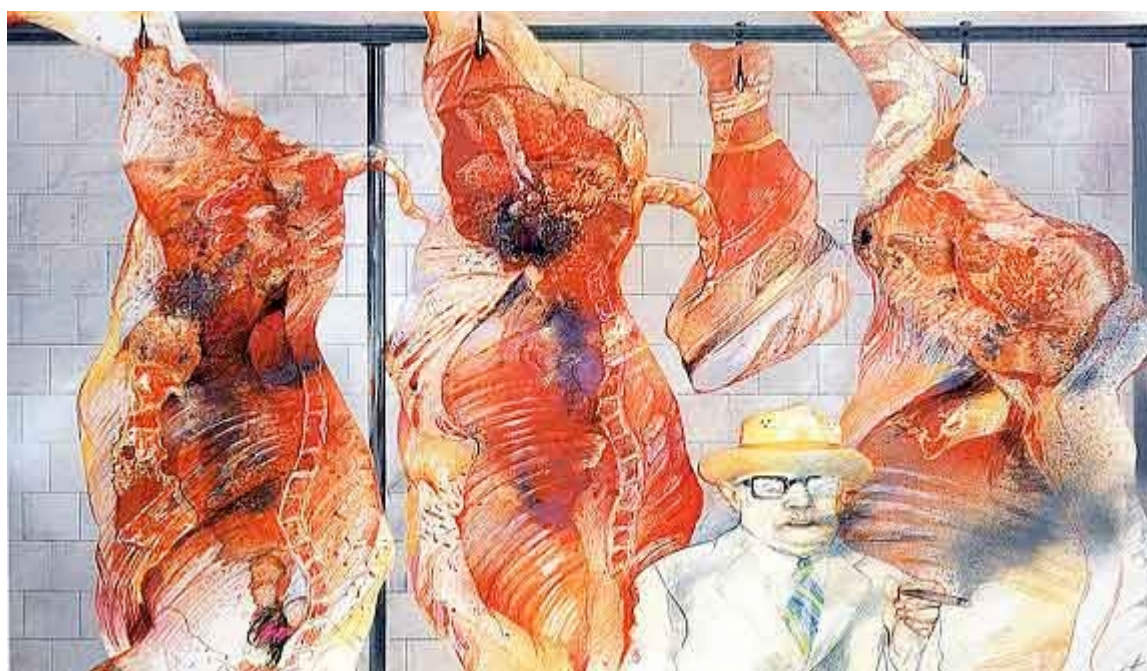
(Del libro "Infierno Grande" (Planeta), Premio Fondo Nacional de las Artes 1989)

FUENTE N° 6

Hay que comer, Carlos Alonso



Hay que comer, Carlos Alonso



Hay que comer II, Carlos Alonso

